

La unidad de los bienaventurados entre sí

APARTADO 1.º

ESCRITURA Y SANTOS PADRES

Los bienaventurados no pierden su propia mismidad, a pesar de su íntima comunidad con Dios; más bien la ganan, según dijimos antes. El misterio de lo personal no es destruído por el cielo, sino que es asegurado plenamente.

La Escritura expresa este hecho diciendo que cada bienaventurado recibe de Dios un nombre propio que sólo a él conviene (*Apoc.* 2, 17). Pero todo bienaventurado se posee viviendo en perfecta entrega a los demás. La ordenación al “tú” se cumple en el cielo gracias al diálogo con Dios y con los demás bienaventurados. Un lazo de comunidad les abarca a todos. Dios Espíritu Santo es como el lazo personal de amor que les ata a todos. También Cristo—la Cabeza—les reúne a todos en comunidad. La Escritura da testimonio de este hecho en la metáfora del banquete, que expresa la comunidad con Dios y a la vez la unión y comunidad recíproca de los bienaventurados. Siempre que Cristo habla del reino de Dios bajo la metáfora del banquete, supone un gran número de invitados. Nun-

ca usa esa imagen para expresar la unión con Dios de un solo individuo.

En la época de los Padres la idea de que los bienaventurados forman entre sí una íntima comunidad es totalmente corriente. En la primera parte de esta obra vimos que en la Antigüedad y en la Edad Media se acentuó con energía el carácter comunitario del cielo (§ 300). Aquí no se necesita más que recordar las indicaciones que allí hicimos. Pero para aclararlo vamos a citar algunos párrafos. San Cipriano ve en la comunidad con los ángeles y los santos una bienaventuranza esencial del cielo. El cielo es una vida en la que el hombre está libre de los malos, de los odiadores y violentos, de los egoístas y calumniadores, de los mentirosos y ladrones y en la que puede hacer una vida feliz en comunidad con hombres desinteresados amantes de Dios y sinceros. La convivencia con los elegidos de la humanidad es una parte esencial de la alegría celeste. Cuando amenaza una nueva persecución a la comunidad de Tiberis, escribe el año 252 en una carta con la que los anima y amonesta: “Qué día tan grande y magnífico nos espera, amadísimos hermanos, cuando el Señor comience a probar a su pueblo y pese los méritos de cada uno con mirada escrutadora, como juez divino, cuando envíe al infierno a los culpables y condene a nuestros perseguidores al fuego eterno de llamas atormentadoras y nos dé a nosotros la recompensa de la fidelidad en la fe y en la entrega. Qué dicha y qué placer tendrás cuando se te permita contemplar a Dios, cuando seas honrado con el privilegio de gozar con Cristo, tu Señor y Dios, la alegría de la salvación y luz eternas, de saludar a Abraham, Isaac y Jacob y a todos los patriarcas como a los apóstoles, profetas y mártires, de alegrarte con los justos y amigos de Dios en el reino de los cielos con las delicias de la regalada inmortalidad y recibir allí lo que ni ojo humano vió, ni oído oyó, ni mente humana pudo alcanzar” (*Carta 58*, núm. 27).

Los acentos más fuertes sobre la doctrina de la comunidad de los bienaventurados entre sí aparecen en San Agustín y San Ambrosio. San Ambrosio ve un elemento esencial de la vida celeste en el trato de los bienaventurados entre sí, en el amor que los une indisolublemente en un coro de seres jubilantes (*De obitu Theodosii oratio*, núm. 29, 32; *De bono mortis*, núm. 11; *De obitu Valentiniani consolatio*, núm. 71, 77). Los bienaventurados esperan, según él, a los amigos que todavía viven, y cuando entran en el cielo los reciben y los acompañan. Dentro de la bienaventuranza

celestial es una alegría de tipo especial poder estar en continuo trato con hombres verdaderamente grandes. San Jerónimo (*Carta* 39, núm. 9; *Carta* 23) añade además la idea de que los que entran en la comunidad celestial encontrarán a hombres que jamás conocieron y de quienes nunca oyeron hablar, pero cuya amistad será más dichosa que la más profunda amistad terrena. Véanse otros textos de Santos Padres en el § 300, 3.

APARTADO 2.º

LA UNION CELESTIAL COMO PLENITUD DE LA TERRENA

Los bienaventurados realizan su comunidad fundada en el "ser en Cristo", en la unión con Cristo y en la posesión del Espíritu Santo con incondicional amor recíproco. En ella se manifiesta y representa su amor a Cristo, Señor y Cabeza de todos. En la convivencia celestial se cumplen las relaciones terrenas de amistad y de amor. La unión de los bienaventurados está libre de las deficiencias y unilateralidades terrenas. En la vida terrena sólo puede haber intercambio vital entre muy pocos hombres. El círculo de los unidos entre sí tiene que ser tanto más pequeño cuanto más intenso sea el intercambio vital. La suprema intensidad de unión terrena, el matrimonio, sólo es posible entre los hombres. Incluso a la unión entre pocos hombres le han sido puestos límites estrechos e insuperables. Ni siquiera la amistad más íntima o el amor pueden pasar la muralla que separa a las personas. Es la muralla de la personalidad. Ciertamente que la personalidad es la máxima dignidad del hombre, pero a la vez le encierra inevitablemente en una soledad insuperable, ya que lo limita frente a toda otra persona. A la personalidad pertenece la autoafirmación frente a cualquier otro ser distinto del yo. La soledad de la personalidad se presiente en la corporalidad. En el cuerpo es cada uno lo que es. En el cuerpo es el hombre una mismidad ineludible. Ciertamente que el cuerpo es el puente que pasa del yo al tú, pero a la vez es el muro infranqueable que separa al tú del yo. A consecuencia de la cerrazón del yo en sí mismo, el amor terreno no pasa de ser un intento de unión. Durante la vida de peregrinación sólo puede

vivir en forma de anhelo. Ello implica una continua inseguridad en sus esfuerzos. Nunca consigue alcanzar la medida de comunidad alcanzada al estado terreno. Unas veces se quedan por detrás de la medida justa y otras traspasa los límites puestos. Unas veces se cierra injustificadamente ante el tú cayendo en el egoísmo, y otras veces intenta traspasar el tú más de lo que le es permitido y su entrega se convierte en abandono, seduciendo al tú también a una abertura de sí mismo que degenera en pérdida de sí.

Tales dificultades desaparecen en la vida celestial. Pues ésta está libre del sometimiento al egoísmo y desconsideración humanos, a la debilidad y al cansancio, al estrechamiento por las leyes del espacio y del tiempo. Los bienaventurados pueden abrazarse y traspasarse de un modo que trasciende todas las posibilidades terrenas debido a su ser transformado y a la nueva fuerza de visión y capacidad de amor que Dios les regala. Están unos para otros perfectamente abiertos y patentes. Cada persona está simultáneamente configurada por la fuerza del amor y de la autoconsideración hasta el punto de que puede regularse perfectamente al tú sin abandonarse y sin cerrarse. Tiene el tacto seguro de entregarse con la intensidad que garantiza a la vez la máxima autoposición y reservarse de forma que a la vez ocurra la máxima entrega. Como es totalmente presente a sí mismo, se tiene de tal modo en la mano que puede regalarse totalmente sin perderse. Y viceversa, cada persona es capaz y está dispuesta a aceptar al tú que le sale al paso de forma que éste pueda penetrar en la mismidad del yo hasta el último límite puesto por la personalidad. El Espíritu Santo, en quien el Padre y el Hijo están recíprocamente abiertos, es quien abre a todos para todos. El es el amor en propia persona. Cada uno se encuentra, por tanto, con los demás como viviente.

Pero también a la unión celestial le han sido puestos límites a pesar de su intimidad y fuerza. Pues el yo no funde con el tú en una unidad total. El yo sigue siendo yo y el tú permanece tú. También en la unión celestial sigue siendo cada uno un secreto para los demás. También en el cielo tiene cada uno su secreto que le pertenece sólo a él y no puede ser visto por ningún otro. También durante la vida terrena es cada uno un misterio para los demás. Este estado no puede ser trascendido en toda la eternidad. Sin embargo, mientras que en la vida terrena el yo es frecuentemente un doloroso secreto para el tú, y tanto más doloroso cuanto más próximos están ambos, en la vida celestial cada uno es para los demás un secreto feliz. Del mismo modo que el bienaventurado

puede asomarse al misterio de Dios, puede también asomarse al misterio del tú sin penetrarlo del todo. Sin embargo, no padece por ello. Frente al tú que es un secreto para él el yo no está en insatisfecho anhelo. Sino que del secreto del tú recibe felicidad y bienaventuranza. Le alegra que el tú tenga la alta dignidad de la personalidad. Lo ama en esa dignidad y sería, por tanto, infeliz si la dignidad de la personalidad pereciera en una unidad total. Su amor es, incluso en el cielo, el amor del respeto. También el respeto alcanza en el cielo su figura definitiva. Es tributado sin esfuerzo porque a los bienaventurados no les tienta traspasar los límites al entrar en el secreto del tú. A consecuencia del incondicional desinterés de su amor, el bienaventurado es feliz por la perfección del tú y no desea poseer su secreto. Su alegría es alegría con los demás en Cristo y en el Espíritu Santo. Y es tanto mayor cuanto mayor es la alegría del tú.

Però aunque los bienaventurados sean un misterio unos para otros por toda la eternidad, no están unos frente a otros anhelantes e insatisfechos; sino que se aman mutuamente, respetando el misterio de cada uno; se aman como personas y, por tanto, aman el misterio de lo personal. En el cielo se cumple lo que el hombre anhela continuamente en la tierra: la incondicional entrega al "tú", sin renunciar al "yo" y sin sojuzgar al "tú" y a la vez la plena reserva del "yo" sin cerrarse ante el "tú". El cielo es el estrecho sendero en el que el hombre cumple sin dificultad la actitud de la perfecta entrega al "tú" y la perfecta posesión del "yo" sin lucha ni desasosiego (cfr. 64). Es el centro, el justo término medio, en que el hombre se regala sin perderse y se posee sin cerrarse.

Los bienaventurados no sólo descansan en la dicha de la comunidad con Dios, sino que de la comunidad recíproca fundada en Dios les fluye una dicha en cierto modo accesoria. Descansan en el estar-unos-con otros y en el estar-unos-en otros que funda el amor (fuente primaria y secundaria de la alegría celestial).

La razón más profunda del misterio del tú es Dios. En definitiva el yo no logra llegar hasta la raíz del tú porque esta raíz tiene una profundidad infinita, por estar emparentada con Dios el incomprendible. La semejanza a Dios extiende sobre los hombres el esplendor del misterio.

APARTADO 3.º

EL CIELO COMO REENCUENTRO

Aunque los bienaventurados están todos unidos entre sí su comunidad tiene diversos grados de intensidad. Los que estuvieron unidos entre sí por el amor durante la vida terrena estarán también especialmente unidos en el cielo. "Todo lo separado se volverá a encontrar" (Hölderlin, *Werke*, Edic. M. Schneider, 1922, I, 221). El encuentro de los bienaventurados es, por tanto, un reencuentro. Quienes vuelven a verse en la vida celestial se encuentran en la forma perfecta en que anhelaron verse durante la vida terrena, en aquella vida floreciente que se desearon unos a otros (Sobre esto puede verse Ph. Dessauer, *Erwartung der Ewigkeit*, 1946.)

En el cielo llega a plenitud no sólo el individuo, sino también la unión terrena en el amor y la amistad. Los que en la vida terrena estaban próximos entre sí sienten la verdad de lo que Hölderlin dice en el *Empédocles*: "Nos separamos para estar más unidos, para ser más divinos, más pacíficos con todos, con nosotros" (o. c. I, 210).

La razón a favor de una unión especial de los que estuvieron unidos en la vida terrena puede indicarse de la manera siguiente: por la vida que Cristo nos da no es destruída, sino asegurada y transfigurada la naturaleza y su orden. (Así se entiende que los teólogos protestantes que, como K. Barth, afirman una contradicción de naturaleza y gracia, rechacen las tesis del reencuentro en el cielo.) Aunque en la Sagrada Escritura no se hable expresamente del reencuentro de los amigos en la otra vida, Cristo lo supone como evidente. Cuando los saduceos le preguntan a qué marido pertenece la mujer que en esta vida desposó a siete, Cristo no niega el encuentro de la mujer con sus siete maridos, sino sólo el comercio carnal, tal como ocurre en esta vida (Mc. 12, 18-27). También Lc. 16, 9 parece insinuar que en el cielo habrá relaciones personales especiales, a pesar de la comunidad entre todos. Quienes durante esta vida se ayudaron especialmente, estarán también cerca en la otra. Cfr. también Mt. 18, 10; Lc. 15, 7. La comunidad con todos no estorba ni impide la intimidad con un grupo más pequeño, ya que la capacidad de amor de los bienaventurados se ampliará y profundizará inimaginablemente gracias al *lumen gloriae*.

Hasta los que en esta vida están separados se amarán mutuamente, porque el cielo elimina todas las inaccesibilidades terrenas. El recuerdo del pasado no será ocasión de vergüenza o timidez, sino de agradecimiento y alabanza a Dios, que transformó los pecadores en santos.

APARTADO 4.

EL CIELO COMO AUTOCONSERVACION Y ENTREGA DE SI

Del mismo modo que la unión e intercambio vital con Dios no aburre ni hastía, tampoco la convivencia de los bienaventurados entre sí cansará o hartará. Durante la vida terrena es ineludible el deseo de un espacio de soledad en que el hombre pueda existir para sí mismo. En la vida celestial, en cambio, no nos veremos obligados a apartarnos del tú y buscar la soledad porque no habrá ningún peligro de disipación, abandono o pérdida de sí mismo. Todos estarán traspasados por el amor de tal forma que podrán regalarse totalmente al yo sin traicionar la fidelidad a sí mismo. En el intercambio recíproco no podrá haber aburrimiento alguno porque hasta cada yo y hasta cada tú fluirán incesantemente la luz y el amor que manan de la fuente inagotable que es Dios. Ocurrirá lo que C. F. Meyer dice en la poesía *Der römische Brunnen*: "Asciende el surtidor y se derrama cayendo, / llena la concha de mármol en torno, / que, desfigurándose, fluye / hasta el fondo de la segunda concha; / la segunda da, se hace demasiado abundante, / y su ola llena la tercera, / cada una acepta y da a la vez / y corre y descansa." Los bienaventurados viven en la dicha de amar y ser amados sin cansarse jamás. En la bienaventurada unión con Dios y en la recíproca comunidad por Dios fundada viven como un feliz coro luminoso en ser eternamente floreciente.

La bienaventuranza no sería perturbada tampoco si un bienaventurado no encontrara en el cielo alguno de sus parientes o amigos. Pues en tal caso vería en Dios la plena justicia e incluso la necesidad de tal condenación y afirmaría de total acuerdo el juicio de Dios. Tendría que reconocer incluso que se ha cumplido la voluntad del condenado. Véase la doctrina del infierno.

APARTADO 5.º

UNION DE LOS BIENAVENTURADOS CON LOS HOMBRES
DE ESTA TIERRA

La comunidad que une a los bienaventurados entre sí implica también a los cristianos que peregrinan todavía por la tierra. Los bienaventurados, aunque se hayan apartado de la historia, siguen estando invisiblemente unidos con gran intimidad con quienes se encuentran todavía peregrinando entre el tiempo y la eternidad. Este hecho nos es asegurado en el dogma de la comunión de los santos (vol. IV, § 173). No vamos a perseguir aquí las grandes perspectivas que con ello se abren para los ojos del creyente (véase vol. IV, § 173). Sólo vamos a destacar algunos elementos. La unión de los bienaventurados con los que todavía peregrinan por la tierra se manifiesta en el amor y en las oraciones que les dedican. Como están libres de todo egoísmo y poseen un amor inalcanzable en esta vida, ya que arden del amor infinito de Dios, pueden estar unidos a los que peregrinan por la tierra con una intimidad que supera todas las posibilidades terrenas. Su amor tiende al verdadero bien de los amados por ellos en Dios y en Cristo. Están, por tanto, llenos del anhelo de que en todos los que viven todavía se impongan la santidad y verdad, el amor y la justicia de Dios, de que en todos los hombres se cumpla sin estorbos la voluntad de Dios y todos alcancen la salvación. Con este deseo siguen y acompañan los destinos de los vivos y los encomiendan a Dios, que es el amor. Este amor activo es la respiración de los bienaventurados (Adam). Lo llamamos intercesión. Los bienaventurados tratan de hacer partícipes de su propia riqueza a los que viven todavía. Mientras que en la tierra los hombres, e incluso los unidos entre sí en Cristo, pasan uno delante de otro indiferentes y desconfiados y hasta con aversión y envidia, o se persiguen unos a otros, los bienaventurados se regalan a los hermanos que todavía luchan, de forma que lo que pertenece a uno pertenece a todos. La Iglesia conoce el cuidado que le dedican continuamente los bienaventurados que fueron miembros suyos en la tierra. Por eso dirige su esperanza a los bienaventurados. Confía en que los que pertenecieron una vez a ella no olvidarán a los que están todavía en tribulaciones. Reza para que sigan acordándose de los hermanos que todavía padecen.

MICHAEL SCHMAUS

Sabe que sólo Dios puede salvarlos de la última necesidad. Pero reza a los que precedieron en la plenitud para que intercedan ante Dios por los que todavía están en peligro y amenazados, por los atribulados y tentados. Confía en que la oración de los bienaventurados tiene gran importancia ante Dios porque es oración de quienes aman y de quienes no tienen ya huella alguna de amor propio.

La Iglesia tributa a los bienaventurados una gran veneración. Con derecho ve en ellos hombres elegidos y amados. En ellos muestra Dios a qué alturas puede llevar a un hombre. Brillan del esplendor de Dios. Como los peregrinos honran a Dios, honran también a los elegidos de Dios. En ellos ven la faz de Dios, a quien es debida la adoración por toda la eternidad. Se alegran de los hermanos y hermanas salvados porque se alegran de la gloria de Dios, que se refleja en los santos como el sol en mil gotas de rocío. Su esperanza, su oración, su alegría y su veneración se dirigen sobre todo a la mayor en el coro de los bienaventurados: a María.

La comunión de los santos une a todos con todos. Es la unidad total de quienes aman a Dios. Pero los que han vuelto a casa permanecen especialmente cerca de los que estaban cerca durante la vida de peregrinación. A ellos se dirige su amor y su oración con especial intensidad. En la antigüedad cristiana este hecho es especialmente acentuado por San Jerónimo (*Comentarios a la segunda epístola a los corintios*, cap. V, núm. 6; *Carta 29*, núm. 7).